

## NOTA DEL DIRECTOR

La proliferación de publicaciones es un hecho fácilmente constatable y su magnitud a veces abruma, ante lo cual puede alguien preguntarse ¿para qué una publicación más?, ¿no serán las que ya existen hartamente suficientes?, ¿no habría que dedicar esos recursos y tiempos a otras finalidades quizás más inmediatas? Frente a estos interrogantes, en un mundo plagado de urgencias y sobrado de palabras, el responsable de una publicación tendrá que argumentar con fundamento para justificar la finalidad de su tarea, la importancia de su trabajo y los recursos invertidos.

Sin pretensión de agotar el tema, diré cuáles son, a mi juicio, algunas buenas razones para seguir publicando.

La publicación obliga a un autor a objetivar su pensamiento y ponerlo en palabras claras, a evidenciar sus razonamientos, a buscar coherencia, a autenticar su interior, a preocuparse por la verdad, a explicitar sus supuestos, a evitar prejuicios, a aceptar que otros sean testigos de su propia tarea creativa.

La publicación fija la propia posición ante los demás y ello es ciertamente la condición fundamental del diálogo, ya que él requiere de perspectivas opuestas, y de esa tensión y solo de ella surge la comunión de ideas. La coincidencia absoluta solo asegura un buen monólogo y en él es posible la coherencia o la incoherencia, pero no la integración de lo diverso.

La publicación favorece la crítica, esa fundamental tarea en la elaboración del conocimiento, arroja el texto a la consideración del otro, lo expone a su tratamiento, hace patentes sus debilidades, permite un disenso creador y evita el contraargumento circunstancial, ya que ofrece el tiempo para el análisis de los argumentos. El texto espera la respuesta, provoca a la imaginación, evita el insulto y respeta la inteligencia del otro.

La publicación facilita, como es obvio, el traspaso de la información, sin el cual ningún proceso de conocimiento se acrecienta. Con ello, nuevas ideas se hacen presentes, se cambia la perspectiva de lo considerado relevante, se amplía el universo individual, se toma conciencia de nuevas opciones, se superan los propios límites y son posibles, entonces, horizontes más amplios. Definitivamente, se renueva el aire del propio pensamiento.

Creo que estas razones, sin ser excluyentes, son de peso y justifican sobradamente la inversión y el tiempo que requiere el seguir publicando.

También es verdad que no todo lo que se publica tiene igual valor, pero aquello que no lo tiene tanto, extrañamente colabora a sostener una práctica y a consolidar la continuidad de un emprendimiento, de modo tal que de la persistencia se obtenga un logro. Una metáfora utilizada por Ludwig Wittgenstein aclara esa idea. El filósofo nos recuerda el golpeteo constante del herrero sobre el material que se apoya en el yunque. No es verdad –nos dice– que cada uno de los golpes sea efectivo, pero si se dejara de golpear de manera permanente, ningún golpe lo sería.

**Rogelio T. Pontón**